

EDITORIAL

La longevidad en la era digital: ¿quién debe adaptarse a quién?

Estamos experimentando simultáneamente dos de las transformaciones más profundas de la sociedad contemporánea. La primera es demográfica: la esperanza de vida ha aumentado, así como, el número de personas que alcanzan edades avanzadas crece en prácticamente todas las regiones del mundo. La segunda es tecnológica: las actividades esenciales de la vida diaria migran, a un ritmo creciente, a entornos digitales. Bancos, servicios públicos, comunicación, transporte, compras, información, ocio y, cada vez más, el propio cuidado de la salud, dependen cada vez más de teléfonos inteligentes, aplicaciones, plataformas electrónicas y, más recientemente, sistemas basados en inteligencia artificial.

La convergencia de estas dos revoluciones ofrece oportunidades extraordinarias, pero también una pregunta ineludible: *al digitalizar la sociedad, ¿estamos construyendo este nuevo mundo para todas las edades?*

Una gran parte de la población anciana actual se formó en un universo esencialmente analógico. Su educación, integración profesional y una parte significativa de su vida adulta transcurrieron antes de la popularización de internet, los teléfonos inteligentes y las aplicaciones. Por lo tanto, no se trata de una generación incapaz de aprender tecnología, sino que necesita incorporar, a menudo en etapas posteriores de la vida, habilidades que no formaron parte de su educación ni fueron necesarias durante gran parte de su trayectoria vital. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) advierte que las persistentes brechas en las habilidades digitales pueden restringir el acceso de las personas mayores a servicios esenciales, conexiones sociales y participación cívica, con repercusiones en la autonomía y la inclusión social¹.

En Brasil, esta transición ya es evidente. La encuesta *TIC Domicilios 2025* muestra un crecimiento significativo en el uso de internet entre las personas de 60 años o más, pero también destaca la continua presencia de una parte importante de la población anciana fuera de la red y marcadas desigualdades en las habilidades necesarias para usarla de forma autónoma². Estos datos revelan una distinción fundamental: el acceso digital no es sinónimo de inclusión digital.

Tener un teléfono inteligente no significa necesariamente saber cómo usarlo de forma autónoma y segura. El envío de mensajes a través de WhatsApp no garantiza el acceso a un portal de salud, la identificación de un sitio web oficial, la correcta instalación de una aplicación, la protección de datos personales ni la detección de intentos de fraude. Los datos de la *TIC*

Domicilios 2025 evidencia importantes desigualdades en las competencias digitales: actividades como la instalación de programas o aplicaciones, la modificación de la configuración de privacidad, el adjunto de documentos y la adopción de mecanismos de protección se realizan con mucha menor frecuencia entre los grupos de mayor edad².

La exclusión digital, por lo tanto, ha trascendido la cuestión de la disponibilidad de equipos y la conectividad. Implica habilidades, confianza, accesibilidad, condiciones socioeconómicas y la capacidad de convertir la tecnología en beneficios concretos para la vida. Una revisión sistemática publicada recientemente en *npj Digital Medicine* demuestra que, entre las personas mayores, la exclusión digital se asocia con la convergencia de desventajas socioeconómicas, vulnerabilidades relacionadas con la salud y barreras contextuales, y puede contribuir a una peor salud y calidad de vida³. Abordarla requiere respuestas sistémicas, que incluyan acceso económicamente viable, desarrollo de habilidades, servicios adaptados a las personas mayores y alternativas no digitales para quienes siguen excluidos.

Este debate cobra especial relevancia cuando las empresas e instituciones trasladan sus servicios al entorno digital sin considerar adecuadamente la diversidad de sus usuarios. Expresiones como “acceda a la aplicación”, “consulte el portal”, “escanee el código QR” o “hable con nuestro asistente virtual” se han vuelto comunes. Sin embargo, lo que representa una comodidad para una persona puede constituir una barrera para otra.

Entonces surge una paradoja. Para quienes dominan las aplicaciones bancarias, realizar transacciones a través del teléfono inteligente puede representar independencia. Para quienes no están cualificados, la misma digitalización puede significar entregar el dispositivo a otra persona y depender de ella para administrar su propio dinero. Un portal electrónico de salud puede facilitar el acceso a los resultados de las pruebas para algunos pacientes y, al mismo tiempo, dificultarlo para otros. La misma tecnología capaz de generar autonomía también puede generar dependencia.

Esta observación exige abandonar una interpretación individualista de la exclusión digital. Cuando una persona no puede usar un servicio en particular, la primera pregunta no debería ser solo “¿Por qué no puede?”, sino también: “¿Cómo se diseñó este servicio y qué debemos cambiar para que pueda usarlo?”.

El desafío es especialmente delicado en el ámbito de la salud. Las teleconsultas, los registros médicos electrónicos, los portales de pacientes, las aplicaciones, los dispositivos portátiles, los sensores y los sistemas de monitorización remota pueden ampliar el acceso a la atención médica y apoyar el manejo de enfermedades crónicas. Sin embargo, a medida que la atención médica se digitaliza, la competencia digital comienza a interferir con la capacidad

misma de acceder a los recursos sanitarios. Evidencia reciente refuerza la idea de que la exclusión digital y las desigualdades en salud pueden reforzarse mutuamente³.

Es igualmente necesario reconocer que la alfabetización digital contemporánea va mucho más allá de aprender dónde tocar la pantalla. Implica localizar y evaluar información; comunicar y compartir contenido; usar servicios digitales; gestionar archivos y contraseñas; proteger la privacidad y los datos personales; resolver problemas; identificar la desinformación; reconocer intentos de fraude; y comprender progresivamente las posibilidades y limitaciones de la inteligencia artificial.

Esto requiere educación digital a lo largo de la vida. Y las personas mayores aprenden. Los programas bien estructurados pueden fortalecer la autonomía y reducir la exclusión, siempre que consideren el ritmo de aprendizaje, la experiencia previa, la accesibilidad, el significado de las actividades y el apoyo continuo. La OCDE señala acertadamente que los modelos de alfabetización tradicionales, desarrollados para la población general, pueden fracasar cuando ignoran las necesidades y experiencias de los estudiantes mayores¹.

Esta perspectiva también exige abordar la discriminación digital por edad. La afirmación de que una persona es "demasiado mayor para aprender", la decisión de realizar una tarea por ella sin ofrecerle la oportunidad de hacerla, o la suposición de que los familiares estarán permanentemente disponibles para mediar en su relación con los servicios digitales pueden, incluso involuntariamente, menoscabar la autonomía. La enseñanza requiere tiempo, repetición, un lenguaje comprensible y respeto. Hacerlo por la persona puede resolver el problema inmediato; enseñarle a hacerlo puede preservar su independencia.

La seguridad es otra dimensión indispensable. La expansión de las transacciones digitales aumenta la exposición al fraude, la ingeniería social, el robo de datos y la manipulación de la información. Sin embargo, sería inapropiado convertir este debate en otro estereotipo según el cual las personas mayores son naturalmente incapaces de protegerse. Un análisis sobre la victimización por fraude digital muestra un fenómeno más complejo, que involucra la confianza, la cognición, el comportamiento, el contexto social y estrategias cada vez más sofisticadas utilizadas por los delincuentes⁴.

La inteligencia artificial añade una nueva dimensión a este escenario. Los sistemas capaces de producir textos, imágenes, vídeos y voces sintéticas crean oportunidades para el aprendizaje, la comunicación y la accesibilidad, pero también fomentan la desinformación y el fraude. Al mismo tiempo, los algoritmos pueden reproducir sesgos por edad cuando las personas mayores no están suficientemente representadas en los datos o se las ignora durante el desarrollo de las tecnologías. Por lo tanto, la reflexión sobre la inteligencia artificial y la

longevidad no debe limitarse a lo que estas herramientas pueden hacer por las personas mayores, sino que debe incluir su participación en la definición de cómo se desarrollarán y utilizarán estas tecnologías.

Es en este punto donde cobra sentido la pregunta planteada en el título de este editorial: *¿Quién necesita adaptarse a quién?*

Sin duda, será necesario promover oportunidades para que las personas mayores desarrollen habilidades digitales. El aprendizaje permanente será cada vez más indispensable en sociedades tecnológicamente dinámicas. Sin embargo, sería socialmente injusto atribuir exclusivamente al individuo la responsabilidad de mantenerse al día con transformaciones que se producen a una velocidad extraordinaria. La responsabilidad debe ser compartida.

Los gobiernos deben garantizar políticas de inclusión y alfabetización digital. Los servicios de salud deben desarrollar soluciones accesibles sin abandonar a las personas que no pueden utilizar ciertos recursos. Las empresas deben probar productos y servicios con usuarios de diferentes edades y capacidades. Los desarrolladores deben incorporar principios de diseño universal y participación del usuario. Las familias pueden apoyar el aprendizaje sin sustituir innecesariamente la autonomía. Y la sociedad debe reconocer el acceso significativo a las tecnologías digitales como una dimensión cada vez más relevante de la ciudadanía.

Especialmente en los servicios esenciales, la transformación digital debe ampliar los puntos de acceso, no simplemente cerrar los que ya existían. Mantener alternativas humanas y no digitales para quienes las necesitan no representa resistencia a la innovación; representa un compromiso con la equidad³.

El envejecimiento de la población no es un fenómeno periférico al desarrollo tecnológico. Constituye una de las características estructurales de la sociedad para la que desarrollamos estas tecnologías. No tiene sentido proyectar el futuro imaginando como usuario estándar a una persona joven, con plena alfabetización digital, buena visión, audición, destreza manual, un dispositivo moderno y una conexión de alta calidad. El futuro también envejecerá.

Quizás, por lo tanto, la longevidad en la era digital nos invite a superar una concepción limitada de la inclusión. No basta con conectar a las personas a internet; es necesario conectarlas a las oportunidades que ofrece. No basta con poner aplicaciones a su disposición; es necesario garantizar que puedan utilizarse. No basta con digitalizar los servicios; es necesario garantizar que la digitalización no suprima los derechos.

La tecnología cumplirá su función social cuando amplíe las posibilidades, fortalezca la autonomía, facilite la atención, acerque a las personas y promueva la participación. La cuestión central, entonces, deja de ser si las personas mayores podrán seguir el ritmo de la

transformación digital. La pregunta necesaria será: *¿Podrá la transformación digital seguir el ritmo de la transformación demográfica?*

En una sociedad que celebra el logro de la longevidad, vivir más tiempo no puede significar convertirse en un extraño en el mundo en el que uno vive.

REFERÊNCIAS

1. Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD). Digital skills for seniors: key steps for effective training programmes. Policy Briefs. Paris: OECD Publishing; 2025. No. 35. DOI: <https://doi.org/10.1787/9edfa7ef-en>
2. Núcleo de Informação e Coordenação do Ponto BR. TIC Domicílios: Pesquisa sobre o uso das tecnologias de informação e comunicação nos domicílios brasileiros: 2025. São Paulo: Comitê Gestor da Internet no Brasil; 2026.
3. Wu Y, Pang J, Xu S, Lett AM. Digital exclusion and health in older adults: a systematic review. NPJ Digit Med [Internet]. 2026 [citado el 8 Sep. 2026]. DOI: <https://doi.org/10.1038/s41746-026-03091-6>
4. Shang Y, Wu Z, Du X, Jiang Y, Ma B, Chi M. The psychology of the internet fraud victimization of older adults: a systematic review. Front Psychol [Internet]. 2022 [citado el 8 Sep. 2026]; 13:912242. DOI: <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2022.912242>

¡Buena lectura!

 **Yeda Aparecida de Oliveira Duarte**

Escola de Enfermagem. Faculdade de Saúde Pública. Universidade de São Paulo. São Paulo/SP, Brasil



Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons